



LAS CHICAS DE WISTERIA LANE (A LA IZQUIERDA) HAN VISTO CÓMO SU VIDA HA QUEDADO TOTALMENTE PATAS ARRIBA AL FINAL DE LA SEGUNDA TEMPORADA DE «MUJERES DESESPERADAS». EN ESO COINCIDEN CON LA CRÍTICA: QUE LLEGUE YA LA TERCERA PARA VER LA LUZ AL FINAL DEL CAMINO

REDES DE LEJANÍAS

HUBO UN TIEMPO EN EL QUE LA FICCIÓN NACIONAL SE IMPUSO Y ARRINCONÓ A LA NORTEAMERICANA. QUIZÁS LA SUPERÓ EN AUDIENCIA, PERO LA CALIDAD DE SUS GUIONES ESTÁ TODAVÍA A AÑOS LUZ

JESÚS LILLO

Cuando, hace ya una década, las productoras españolas de ficción comenzaron a colonizar la franja televisiva de máxima audiencia hasta marginar no sólo a las series norteamericanas, sino al cine fabricado en Hollywood, la cercanía con el espectador se convirtió en lema y reclamo de una campaña tan engañosa como efectiva. En muy poco tiempo, una nueva y reconocible galería de héroes domésticos –médicos de familia o porteros de finca urbana; el roce hace el cariño– iba a desplazar de la pantalla a personajes ensamblados a miles de kilómetros de distancia y perfilados para distraer a un público planetario.

En descargo de las cadenas nacionales hay que recordar que, durante todo este tiempo, las grandes producciones de la televisión estadounidense han ido siendo estrenadas, con diverso grado de puntualidad, por las cadenas nacionales. No hay más que consultar la relación de los Emmy entregados cada temporada para tropezarse con series que en su día dispusieron de una buena y céntrica oportunidad para

de Jack Bauer –último representante televisivo de unos géneros épicos en constante adaptación al medio geopolítico, y cuya depurada narrativa no ha dudado en aplaudir Vargas Llosa– o las miserias de los naufragos de *Perdidos*, la televisión proyecta historias importadas de fantasmas, cirujanos, criminalistas y vecinos de barrios altos. Sus protagonistas no pasan de ser los instrumentos, bistorí o linterna, con los que explorar con periodicidad semanal tumores familiares y patologías sociales. *La Médium*, los agentes de *CSI*, las *Mujeres desesperadas* de Wisteria Lane o los médicos en prácticas de *Anatomía de Grey* no hacen sino conducir al espectador, en confianza, por el mapamundi del trauma. Policías, videntes o médicos, tanto da, para recorrer la corteza exterior de un drama, eterno, que los guionistas de Hollywood no dejan de reescribir con un lenguaje audiovisual maduro y sin concesiones.

PARA MENORES SIN REPAROS.

Mientras las productoras norteamericanas tratan de satisfacer la demanda de un espectador que sintoniza conmociones adultas, las factorías nacionales graban españoladas para todos los públicos o, con más precisión, para menores acompañados. Forzada por el establecimiento a partir de las diez de la noche de una sólida franja de entretenimiento infantil –familiar se llama en el dialecto de los programadores, quizá para no ofender a nadie–, la presencia de los niños frente al televisor determina y devalúa la calidad de las series que las cadenas encargan y emiten en nuestro país.

La enorme distancia argumental y plástica que separa a las series estadounidenses de las españolas está estrechamente ligada a las necesidades de la audiencia que aquí y allá las consume. *Los Lunnis* de Televisión Española siguen desfilando –«buenas noches, hasta mañana»– a eso de las ocho de la tarde, pero la libérrima singularidad de los horarios que rigen en nuestros hogares hace aburridos a estos peluches: se acuestan muy pronto. Antes de disparar contra el guionista, habría que tener en cuenta a qué hora se cena en España, cuándo se van a la cama los niños y qué comparten a diario las familias al margen de un capítulo de *Aquí no hay quien viva* o *Los Serrano*.

Mientras los menores de edad sigan levantados a las tantas de la noche y los audímetros los detecten frente al televisor, a la ficción adulta norteamericana le seguirá costando un sobreesfuerzo conquistar la franja de máxima audiencia. Aunque siempre nos quede *CSI*. A los niños les encanta Grissom. ■

MIENTRAS LOS MENORES SIGAN LEVANTADOS A LAS TANTAS Y LOS AUDÍMETROS LOS DETECTEN FRENTE A LA TELE, A LA FICCIÓN ADULTA NORTEAMERICANA LE SEGUIRÁ COSTANDO CONQUISTAR LA FRANJA DE MÁXIMA AUDIENCIA

seducir al público español, responsable último, por simple desinterés, de su desprogramación o, en el mejor de los casos, de su alejamiento a las franjas de madrugada, relleno y castigo.

REVISAR A LA BAJA. La reciente reapertura del dial televisivo y la caída de las expectativas de audiencia de unos operadores que revalúan su oferta en función de un mercado cada vez más segmentado han provocado que los criterios de rentabilidad sean revisados a la baja y que las producciones norteamericanas regresen, como *Los 4.400* de Antena 3, del más allá de la televisión temática y de insomnes: no hay más que sintonizar las señales de La Sexta o Cuatro para comprobar las dimensiones de un fenómeno que en menor medida reflejan las emisoras de primera generación. Vuelven los héroes clásicos, pero también planteamientos universales y atemporales que la ficción nacional había ignorado para explotar endogámicas y aberrantes tramas hipercostumbristas.

Junto a las hazañas contrarreloj

mecanismo de las narrativas seriales. Todo en ellas ha de asumir las dificultades de la mediación y los juegos de límites. Porque de eso se trata, una pura dialéctica de mediaciones donde la conexión del episodio piloto con la serie propiamente dicha, de los episodios entre sí, y de unas temporadas con otras supone una ramificación de las relaciones que, en muchos casos, difícilmente puede eludir la caída en la desmesura. De hecho, asumir tal dificultad es una estrategia que ya ha sido utilizada en más de una ocasión. *Perdidos* es un buen ejemplo: tras el ejercicio de megalomanía de su primer episodio, lo grotesco del resto resulta de lo más cotidiano, siendo quizá ése su único fallo, no haber sabido tratar con el suficiente respeto la economía de la sorpresa.

O a la inversa, como en *House*, donde ni hay sorpresas, ni las necesitamos, porque, seamos sinceros, ¿a quién le importa si el intratable médico recupera o no a su mujer? Lo que queremos es seguir disfrutando de sus barbaridades y, por tanto, afianzar una desmesura en la que no hay posibilidad de superación. En

BALLÓ Y PÉREZ AFIRMAN QUE, EN LAS SERIES, «CUANTO MÁS SE PONE EN PELIGRO LOS ELEMENTOS INVARIABLES, MÁS PLACER HALLAMOS EN RECUPERARLOS»

este caso no habrá problemas por caer en lo grotesco, y no los habrá precisamente porque se ha asumido de antemano, convirtiendo la exageración en ingrediente de éxito. Quizá sean éstas las estrategias que caracterizan a las mejores series, o, por lo menos, a las más actuales. Al asumir lo que podemos llamar el peligro de la segunda temporada, todo parece más sencillo. Es más, si concentramos tal peligro en la posible recaída en lo grotesco, ello explicaría el éxito de otras series que no sólo lo asumen, sino que, yendo más allá, lo convierten en protagonista.

MI FAVORITA. Todos los devotos de las ficciones de repetición tenemos series favoritas. La mía es *A dos metros bajo tierra*, especialmente por haber convertido lo grotesco en tema principal y tratarlo con la dulzura y pulcritud que se merece. No conozco mejor definición de la magnífica serie de Alan Ball que la que ofrecen, de nuevo, Jordi Balló y Xavier Pérez: «inteligente apropiación de los protocolos clásicos de la serialidad para referirse, precisamente, a lo que la ficción televisiva tiende a proscribir: el contacto directo con la muerte». De eso se trata, de convertir el tema prohibido en personaje principal. Es cierto que toda narrativa serial juega con su posible conclusión y al mismo tiempo la teme, pero cuando ese final es el final por excelencia, la muerte, y ésta ha sido convertida en personaje, la recaída en lo grotesco, simplemente, se disfruta. ■